

1.20
FACULTAD
DE ARQUITECTURA
PLANEAMIENTO Y DISEÑO
UNR

CENTRO UNIVERSITARIO ROSARIO
DE INVESTIGACIONES
URBANAS Y REGIONALES

CURRICULUM DEL
CURDIUR

Cuaderno nº 5

SUBSISTEMAS URBANOS CARACTERIZA-
DOS.

arq. Ana María Rigotti

Rosario, 1984.

Presentación

Este es un trabajo de reflexión crítica sobre fuentes fundamentalmente bibliográficas. Intenta un enriquecimiento del marco teórico referido al rol que debería otorgarse en la estructura urbana, a ciertos subsistemas preexistentes que, en algunos casos, tienden a desdibujarse y, en otros, a fortalecer sus límites en un proceso donde prima la segregación, voluntaria o no, de sectores sociales homogéneos. En él se discuten y valoran algunas propuestas teóricas que buscan superar la alienación del hombre en su medio y que tienen incidencia concreta en la decisión de criterios de intervención urbanos.

Definición de términos

No se pretende describir la naturaleza de los diferentes estadios y formas de agrupación urbana. Sólo se intenta clarificar el empleo de ciertos términos que se utilizarán y cuya acepción puede diferir respecto a la empleada por otros autores.

Pueblo: se caracteriza por la accesibilidad de todos los miembros de la comunidad a todas las actividades. La cultura es permeable porque no hay regiones sociales aisladas o desconectadas. Aunque exista subdivisión de la mano de obra o del rango social, el carácter de las diferentes actividades y modos de vida es conocido por cada uno. (O. Hamlin, cit SENNETT, 77)

Barrio: fragmento del mosaico urbano, con carácter distintivo pero con límites abiertos, lo que posibilita la vida urbana como un todo. Se define, cognitivamente y socialmente, como un elemento de mediación entre el individuo y la ciudad. Es el lugar en el que se adquieren un determinado número de costumbres relacionadas con la

vida familiar, donde se tienen algunos amigos desde la infancia, donde se conoce a los comerciantes y a los vecinos con los que se intercambian servicios. Al ser un esquema socioespacial significativo para sus habitantes, éstos pueden fijar sus lindes con claridad.

Vecindario: Areas pequeñas alrededor de la propia vivienda, cuyos límites dependen de la estructura social, la densidad y los medios de movilidad. Puede significar: la vivienda con su área de convivencia, un área física claramente definida, el área alrededor de la vivienda como símbolo de status (aunque no existan relaciones sociales intensas), el grupo de vecinos que conforman el medio social inmediato o un grupo socialmente muy unido dentro de un área física mayor. (RAPOPORT)

Area homogénea: Espacio subjetivo basado en la categorización donde un grupo se autodefine como tal, construyendo confines tras los cuales están 'los otros'. La idea de homogeneidad percibida es fundamental. Las fronteras pueden servir para preservar la identidad y la cohesión. Se basa en distinciones sociales, profesionales económicas o culturales. (RAPOPORT)

Suburbio espontáneo: Su desarrollo es el proceso de transformación del medio rural en urbano, del campo en ciudad. Se caracteriza por ser una sociedad urbana incompleta y en trance de constituirse, por carecer de forma y límites definidos y por estar acompañada de un sistema social simple y una estructura poco elaborada. Es una masa indiferenciada de viviendas asentadas sobre un trazado de calles con terrenos subdivididos. Pese a tener nombre, no muestran cualidades específicas que los distingan, salvo la de enclavar-

se, más allá del límite urbano. En un principio fueron la creación de grupos de recursos escasos que se desplazaron desde la ciudad al campo, en busca de la casa propia, sin dirección ni control ajenos, salvo el de los especuladores. A partir de los años 1945/50. están fuertemente determinados por la acción del Estado y su rol de constructor o promotor de grupos habitacionales. (CLARKE)

Suburbio empaquetado: Pese a asentarse en áreas distantes de la ciudad, se destacan claramente del medio rural por el tipo de personas que atrae, la limitación de los espacios que ocupa y las formas claramente distinguibles de la vida comunitaria. Se caracteriza por: aislamiento respecto a sectores edificados de la ciudad, unidad física compacta, límites definidos y ordenación regular de la estructura y la vida social. Parecen tener un carácter distintivo, generando un tipo particular de personalidad en sus residentes. Por último, en su proceso de crecimiento de campo a ciudad, no experimentan cambios graves de los valores y modos de vida. (CLARKE)

Villa: Agrupación de viviendas solariegas ocupadas sólo en determinadas épocas del año por habitantes de la ciudad. Carece de vida propia. Las actividades y relaciones sociales que en ella se dan, no son sino una traslación de las que un determinado grupo social gesta y afianza en la ciudad madre, de la que es un simple espejo estacional.

Definición del problema

La inquietud que dio lugar a este trabajo es la definición del rol que debe otorgarse a los barrios, en las propuestas de acción urbana. Debido a las múltiples escalas e interpretaciones que pueden asociarse al término -como ya se explicitó en los párrafos

anteriores- se hablará de subsistemas urbanos, entendiendo como tal, un sector de la ciudad de cierto grado de coherencia física interna y alta densidad de relaciones funcionales y sociales promovidas por una historia común y una relativa autonomía administrativa.

Existe cierto grado de consenso respecto a que la alienación del individuo respecto a su 'estar' y su 'actuar', es uno de los fenómenos más graves que se advierten en la ciudad actual. Se manifiesta en "una disminución de la variedad de los contactos y experiencias sociales y en un vaciarse de contenidos de la interacción humana". (de LLORENS, 9). Esta alienación es el producto de una gran complejidad de dimensiones; desde las objetivas (derivadas de las relaciones estructurales de poder y control de una sociedad) hasta las subjetivas (determinadas por las percepciones e interpretaciones a nivel individual y grupal). Su estudio ha dado lugar a una extensa teoría de la alienación que constituye uno de los aspectos más vitales y polémicos de la sociología contemporánea pero cuyo desarrollo, excede los propósitos de este escrito. Sin embargo, consideraremos algunas propuestas para la superación de la alienación del hombre en su medio que tienen concreta incidencia en el diseño urbano, dejando en claro que por la parcialidad de su campo de aplicación, resultan claramente insuficientes para alterar el fenómeno diagnosticado por sí solas.

Por una parte mencionaremos la teoría de Richard Sennett, que propone la multiplicación de la diversidad de puntos de contacto y de experiencias sociales a través del aumento de las ocasiones de interacción. Por el otro, con una postura casi contrapuesta, con-

sideraremos a Amos Rapoport que defiende el fortalecimiento de murallas de seguridad a través de pautas físicas, entre los distintos grupos culturales que convivan en un conglomerado urbano.

Varias experiencias históricas nos permiten asegurar que es una ilusión pretender transformar la vida urbana mediante la mera modificación física de la ciudad. No se puede, como alguna vez se creyó, construir una sociedad construyendo ciudades desde nuestro tablero paternalista. Tampoco es válido limitarse en la afirmación que los hombres deben adaptarse a las formas urbanas que que fatalmente se perfilan o esperar intervenciones globales y superestructurales, que nunca llegan. Sería rehuir de la responsabilidad de imaginar ciudades que posibiliten los modos de convivencia deseados y de emplear los medios que nos brinda nuestra profesión para colaborar en su realización.

Lo primero que salta a nuestros ojos es que las obras públicas urbanas han solido restringirse a la concreción de grandes vías de circulación o redes de servicio. Tras su frenética destrucción y reconstrucción, no se distingue modelos de ciudad, de sociedad o de cultura definidos. De modo que estas intervenciones sólo viabilizan un cambio ininterrumpido de sentido indescifrable en lugar de ser focos de aglutinamiento y transformación comunitarios.

La otra posibilidad -que es la que nos ocupa- propugna la intervención por sectores urbanos. La creciente y aparentemente inevitable burocracia necesaria para la gestión de la ciudad actual y la gradual despersonalización de los contactos humanos, son reconocidos como una amenaza para el espíritu de unión de los hombres. Los extraña de su medio y debilita su sentido de participación res-

ponsable en la búsqueda de una existencia mejor y más justa. También se reconoce en los habitantes metropolitanos, una tendencia a perseguir rutinas más seguras y restringidas, que permitan no perder el control de las circunstancias que los rodean. Esta postura supone que se podría preservar la solidaridad y la responsabilidad si se evitara la sobreestimulación de la vida urbana contemporánea: por lo que su objetivo es el fortalecimiento de los subsistemas urbanos caracterizados.

Cabe preguntarse si no sería a expensas de imponer la simplicidad de la aldea. Tras esa búsqueda vuelta a la tribu, tenderían a resurgir las costumbres compartidas y estáticas, la jerarquización social y la autodefensa frente a lo diferente. La vida social reconocerá como suficiente el sustento de una tradición colectiva que, nuevamente, no dejaría lugar a la responsabilidad personal. Creo que esta propuesta presenta el riesgo, además, de fomentar la fragmentación del cuerpo social, alentando su progresiva pulverización en grucúspulos incontrolablemente autónomos que podrían recurrir a ciertos grados de violencia para preservar su identidad y seguridad.

Proceso de conformación de los subsistemas urbanos en la actualidad

A partir de un punto crítico de densidad y extensión, los conglomerados urbanos contemporáneos parecieran dejar de facilitar las relaciones interpersonales, para aislar a sus habitantes con barreras sociales y psicológicas. De este proceso Louis Wirth ha hecho una clara caracterización: (cit. CHOMBARD DE LAUWE, 56)

a) El aumento de la dimensión de una ciudad produce una atomización en grupos pequeños debido a la pérdida del contacto real entre la totalidad de sus miembros. Está asociado a la especialización de tareas, la utilización de medios indirectos de comunicación y a una pérdida de la participación real. Como contrapartida, ofrece una mayor libertad para hacer, elegir y actuar, por fuera de las normas tradicionales.

b) El aumento de la densidad urbana incide en una multiplicación de los contactos entre los habitantes, pero de menor intensidad. Aumentan las tensiones debido a la competencia por crearse un lugar propio y se acentúa la segregación en grupos económicos, étnicos o culturales.

c) La mayor heterogeneidad de la metrópoli incide en la ruptura de las castas sociales o étnicas. Es acompañada por una mayor movilidad social que torna imprevisibles las conductas colectivas.

La urbe moderna, móvil y heterogénea, no ofrece a su habitante nómada la posibilidad de refugio. De allí el surgimiento de una resistencia añorante de un lugar donde morar. Nostalgia de una arcadia que se identifica con la posibilidad de vincularse con el suelo, con la tradición y con lo inmutable.

Así se explica el renovado anhelo por una vida 'orgánica', excelentemente analizada por Francesco Dal Co. Es la búsqueda de un hogar como cohabitación bajo un techo que protege, como posesión común que conforma las costumbres y las relaciones comunitarias. Es la oposición a la vida mecánica de la gran ciudad donde "la institución familiar se viene abajo, las personas y las familias se en-

frentan, y el lugar que tienen en común es sólo una morada accidental y electiva". El organicismo intenta devolver a la casa el carácter de morada campesina -"modelo de relación directa con el suelo y expresión de un vínculo originario de sangre"- en oposición a la metrópoli que conlleva al entendimiento, pero unido al desarraigo. Esa metrópoli donde "los lugares son simples habitaciones creadas por un fin práctico; donde la circularidad del tiempo y el retorno a la memoria son sustituidos por medidas lineales y la estética del puro espacio horizontal; donde la técnica es la matemática reguladora de los modos de vida y donde el lujo ha perdido su carácter público, para pasar a ser consumido en forma privada" sometido al dictamen de la moda que sustituye a las costumbres perdidas. Dentro de ese "lujo" está la arquitectura. (DAL CO, 5)

Este anhelo de vida orgánica está asociado directamente a la idea de vivienda enraizada en el terreno, en entornos sociales que remedan al medio rural (de baja densidad, pequeños, estables, predecibles), donde es posible un acuerdo de los modos de vida y donde el espacio es un instrumento eficaz para la comunicación y el afianzamiento de los códigos compartidos.

Las resultantes físicas de la tendencia organicista confluye con otro proceso de origen totalmente independiente. Las características propias del desarrollo radioconcéntrico de las ciudades han dado lugar al crecimiento de zonas patológicas -desde el punto de vista higiénico y social- empujando a los habitantes más allá del último anillo para conformar barrios residenciales calificados. Por otra parte, la rigidez de la trama y el alto costo de

los terrenos en las áreas centrales, han inducido a la implantación de conjuntos habitacionales, planificados o no, por fuera de los límites del ejido urbano, como una respuesta apresurada a la crisis de la vivienda. Estos dos fenómenos se vienen sucediendo en nuestra ciudad Rosario, desde hace más de un siglo, a partir de su crecimiento explosivo entre 1850 y 1875.

Resumiendo: La tensión de la competencia, la impredecibilidad del medio, el empobrecimiento de los intercambios, la pérdida de la participación, el debilitamiento de los sentimientos y vínculos domésticos -entre otros factores- alientan la consolidación de pequeños grupos de pertenencia, estables, predecibles y seguros. Estos se expresan en la ciudad mediante la conformación de un agregado de suburbios y vecindarios sumamente caracterizados por la necesidad de una vida comunitaria, cuyo desarrollo depende, en muchos casos, de los intereses de la especulación inmobiliaria.

Esta tendencia está tanto en los defensores del barrio mítico, como en mucho de sus detractores. Los que supuestamente se han liberado de estos esquemas socioespaciales primarios, consolidan grupos de pertenencia más armónicos con sus expectativas, en relación con sus familias o sus actividades. Estos grupos no son identificables a simple vista, ya que sus viviendas pueden estar dispersas en la ciudad, pero tienen determinados ámbitos (un café, un club, un lugar de trabajo) como espacios consolidadores de su intensidad.

El barrio tradicional está muriendo y no puede, ni debe, 'resucitarse'. Ya hablamos sobre la imposibilidad de retroceder en

el tiempo. La sociedad, la cultura, la ciudad han cambiado. Pretender la simple reedición del barrio, tal como lo vivimos en nuestra infancia sólo permitirá la reconstrucción de una cáscara carente de significación y que por sí sola, sería incapáz de provocar una involución en los modos de vida para recuperar valores perdidos. Sin embargo, es imperativo imaginar y crear unidades de vida que lo sustituyan de cierta forma. De allí la preocupación por indagar y cuestionar las alternativas que se vislumbren en el presente, para que luego puedan instrumentarse en propuestas para áreas concretas de la ciudad.

La suburbanización

Después de la depresión del 30, y en forma creciente a partir de la segunda guerra mundial, los residentes urbanos de las capas medias -tanto en América como en Europa- iniciaron un movimiento antiurbano sin precedentes, cuya causa fundamental fue una actitud nueva frente a la vida familiar. Este fenómeno se proyectó también a nuestro país, y se lo puede identificar claramente en Rosario desde las postrimerías de la década del 30. La ubicación y características de sus viviendas (aisladas, con parques, en entornos homogéneos) permiten vínculos familiares más estrechos que los que son posibles en el centro urbano, con la ayuda de un medio social simplificado. Este deseo fue rápidamente interpretado por los promotores inmobiliarios que incentivaron la construcción de grupos habitacionales para niveles socioeconómicos semejantes, subdivididos en áreas funcionales rígidas: comercios concentrados y áreas netamente residenciales.

Este fenómeno se reedita con otras características a partir

del movimiento hippie: es la vuelta a la tribu, al pueblo seminal, para reconstruir un núcleo primario, aireado y puro. Continúa con los ambientalistas y otros grupos que, aunque bien integrados a la sociedad, se separan por libre elección de la ciudad y prefieren reeditar el mito del pionero que alcanza su libertad espiritual asociada a una relación libre e inmediata con la Naturaleza, venerada y preservada. Una actitud similar se da en los países europeos y asociada a su ancestral esencia urbana. Es la de los preservacionistas que reconquistan los centros antiguos tugurizados haciendo las refuncionalizaciones indispensables y venerando esa arcadía en ruinas.

Según S. Clarke en "La sociedad suburbana", el mito del suburbio, como producto inédito de la vida social, está tan enquistado, que la sociología se esfuerza por encontrar un 'ethos' predominante entre sus habitantes, como prueba de un nuevo proceso de socialización en marcha. No obstante, las características observadas (conformismo, interés centrado en el bienestar futuro de los niños, desconfianza frente a todo lo que pueda poner en peligro su género de vida), sólo pueden aplicarse a ejemplos de comunidades de clase media o media alta en ascenso, muy conscientes de su status social, que creen encontrar en los suburbios un medio donde puedan sentirse al abrigo de las fuerzas de asimilación o desintegración cultural.

Constituyen 'suburbios empaquetados' cuya formación ha sido planificada, en cierto grado, con características de oasis. No sólo se separan de las áreas urbanas antiguas, sino que se diferencian netamente de las residencias suburbanas que puedan ir surgien-

do en sus alrededores.

Son la opción contra el desorden. Islotes de propiedad, autónomos, limitados en sus perspectivas y rutinarios en sus actividades. Un exilio familiar que se convierte en el microcosmos suficiente de todas las interacciones posibles en el mundo social y donde los extraños son admitidos, solamente, si armonizan con su configuración interna.

La vivienda se apropia nuevamente, de funciones y contactos sociales que en otro tiempo se buscaron en el amplio redondel de la ciudad. La televisión, el video, los juegos electrónicos, la pileta, el freezer, el supermercado, las reuniones familiares, el auto; reemplazan al café, el teatro, los clubes, el cine, la calle, las compras diarias y a los medios colectivos de transporte. Las causas pueden rastrearse desde el progreso y la difusión tecnológica, hasta en el voluntario retraimiento en la familia o en círculos privados, como defensa de un mundo social hostil e incontrolable.

Lo cierto es que, cuando se construyen comunidades limitadas en población, que garantizan seguridad y el resurgimiento de la vida aldeana, éstas tienden a transformarse en una agrupación de viviendas autosuficientes -como las soñadas por Frank L. Wright en Broadacre City- que sólo requieren del vecino una homogeneidad social que asegure la ausencia de tensión y de sorpresa.

Hace algún tiempo, y para algunos autores nostálgicos, el campo era la dicha, y la ciudad el caos. Ahora la sociología urbana ha unido a la ciudad y al campo en la categoría de ámbitos posibilitadores del bienestar, al tiempo que el suburbio ha pasado a ser, para muchos, la enfermedad de nuestro tiempo.

R.Sennett nos dice, por ejemplo, que los suburbanos son gente que tiene miedo de vivir en un mundo que no puede controlar, constituyen la sociedad del miedo, que prefieren ser aburrida o estéril con el fin de no sentirse confundida ni apremiada. El hogar -y el barrio equivalente- se convierte en un refugio donde los padres tratan de proteger a sus hijos, y a ellos mismos, de la ciudad. Se dice que poseen un fuerte espíritu de camaradería y de identidad como comunidad. Sin embargo, terminan transformándose en una cohesión social opresora de la cual, la mayoría de los individuos criados en suburbios, pretenden luego evadirse.

Esta interpretación puede discutirse. Muchos de los hijos de suburbio vuelven a ellos cuando consolidan una familia. Por otra parte, cabría preguntarse si estos rasgos no son los propios de los grupos sociales medios y altos, más allá de su concentración física en suburbios. Además, al reducir el fenómeno suburbano a la mera búsqueda de entornos sociales homogéneos y predecibles, se olvidan otros factores fundamentales para su comprensión y análisis, que los enriquecen y complejizan. Por ejemplo, la relación con la naturaleza o la reconquista de la vida pueblerina como un intento de compartir la gama completa de las actividades humanas.

Otra interpretación interesante es la de Giuseppe Sacco. Ve en este rechazo a la civilización urbana -que se adivina por detrás del nacimiento de pequeños grupos de fuerte identidad cultural- el paso de la era Clásica a una nueva Edad Media. Destaca la jerarquización de los valores espirituales (que en el mundo contemporáneo son la naturaleza, la historia, la identidad cultural) que conduce a fenómenos casi monásticos, en detrimento de valores puramente ma-

teriales. Esta jerarquización de lo espiritual llega a incluir el congelamiento o el retroceso del progreso científico y técnico. Imbuídos de una idealización del pasado (al que consideran como más armónico e integrado) estos grupos concentran su búsqueda en el intento de volver a intuir las ya secretas verdades que encierran la pradera, la montaña o las piedras del casco histórico. Un neoplatonismo riesgoso por sus implicancias sociales.

De este modo se perfilaría un regreso a la concepción medieval de la ciudad, dividida en cuarteles de diferentes clanes (llamémosle grupos culturales) cuyas leyes se conformarían de manera autónoma (SACCO, 117). Se pasaría de la ciudad industrial (dividida entre los que tienen y los que no) a una de tres estamentos: el intelectual y profesional (subocupado y casi autosuficiente), el común burgués (todavía dependiente y encandilado por el ruido y las numerosas posibilidades que ofrece la ciudad) y las clases medias y altas junto a los marginados étnicos o económicos (en periferias residenciales donde forman pequeños grupos con reglas internas y costumbres propias, procurando defender su identidad).

Las áreas homogéneas

La teoría de las áreas homogéneas es la sustentada por Amos Rapoport quien se erige desde la antropología contra la destrucción irresponsable de las subculturas que resulta de las medidas propugnadas por cierta planificación urbana. Reconoce el fenómeno de la suburbanización y la paulatina conformación de conglomerados de autodefensa y autoafirmación en los grupos medios y altos. Pero en lugar de atacarlos, proponiendo medidas que diluyan las barreras; analiza el fenómeno, lo justifica y fundamenta desde

la psicología, la antropología y la etología como una alternativa que no debiera restringirse a los grupos privilegiados sino que, por el contrario, debiera ponerse al alcance de los sectores más débiles desde el punto de vista cultural.

Reconoce que, a la sobrecarga de estímulos e información que caracteriza a la ciudad moderna, se responde generalmente mediante la repetición convencional de actos sociales que recodifican y desprecian la información, ignoran el entorno, y tienden a la despersonalización y el anonimato. Entonces la opción reside en la búsqueda de entornos lo suficientemente redundantes, como para disminuir la tensión. Esto sería factible mediante la reagrupación de personas con valores y modos de vida similares.

La gente, que puede, huye de los vecinos con los cuales no puede comunicarse, buscando un medio protector que refleje su identidad. "La huida a la periferia es, pues, la búsqueda de un lugar donde todo pueda volver a funcionar", una expectativa de vida que nada tiene que ver con la imagen de la heterogeneidad romántica que, a su criterio, algunos evocan erróneamente: Sennett y J. Jacobs, por ejemplo. Más que una huida del caos, la búsqueda de entornos homogéneos sería una huida de la monotonía asignificativa. (RAPOPOR 248)

El argumento de que el barrio ya no es importante porque la gente ya no necesita 'dominar el lugar' para vivir, se contradice con la necesidad de conformar lugares de seguridad, evidenciada en estos agrupamientos urbanos contemporáneos. Seguramente no son el único medio de fortalecer la identidad, pero a través de la antropología comprendemos su importancia. Por medio de la selec-

ción del habitat, la gente transforma a la ciudad en un mosaico de áreas diferenciadas que definen un 'nosotros' y un 'ellos', reforzando las fronteras y expresándose a través de indicios físicos y urbanos que actúan como símbolos de la ubicación de cada uno en la sociedad. El fortalecimiento de la delimitación de estos enclaves intermedios entre la familia y una urbe heterogénea aumenta como respuesta a la aglomeración, la sobreexcitación, la tensión social y las diferencias de los modos de vida coexistentes en la ciudad.

Ahora bien, ¿por qué habríamos de calificar a este proceso como patológico, como lo hacen en forma creciente los sociólogos americanos alarmados por la multiplicación de los ghettos en sus ciudades?. La relación entre el status y el habitat es muy común entre los animales y para el hombre, ofrece la posibilidad de localizar físicamente su pertenencia social. "Este es un hecho natural y sólo puede ser evitado en base a criterios superficiales e impuestos por la fuerza". La agrupación en grupos homogéneos es algo comprensible si pensamos que la cultura influye en el espacio, que el territorio es algo a defender, y que la gente valora su religión, su ética y sus límites con respecto al medio externo, para poder preservarlos". (RAPOPORT, 232)

Rapoport minimiza el rol de la ciudad como escenario para la integración de sus habitantes y la gestación de nuevos modos de coexistencia. Considera que la ciudad no constituye un grupo social, sino que está compuesta por la agrupación compulsiva de distintos grupos culturales que deben ser respetados, teniendo la posibilidad de persistir como elementos autónomos. Critica a las políticas que

se oponen al aislamiento de los subgrupos sociales, con el objeto de forzar la heterogeneidad y transformar al hombre en un ser urbano indiferenciado. Rechaza la posición de Sennett -quien jerarquiza la sobreestimulación y la anarquía- aduciendo que, contrariamente a lo pronosticado, sólo conducirían al aumento de los prejuicios, la agresividad, la jerarquización y la territorialidad. En realidad, ambos autores: Rapoport y Sennett identifican a los mismos enemigos, pero proponen estrategias completamente divergentes para luchar contra ellos.

Según Rapoport, si lo que se pretende es una cultura pluralista, en lugar de diseñar para el encuentro y la interacción, "hay que reforzar los soportes medioambientales de las subculturas, con sus instituciones, su amistad formal y su vida monótona. (RAPOPORT, 233). Dice que su propuesta no es una apología de los ghettos, sino una demanda de libertad de selección del hábita, en base a asociaciones voluntarias. Su postura resulta mucho más clara si recordamos que considera como misión de la cultura la de "definir grupos y marcar diferencias en relación a otras diferencias".

Pero, ¿hasta qué punto es deseable fortalecer las diferencias dentro del gran grupo que constituye la ciudad?. ¿No llevaría al anquilosamiento y segregación, en detrimento de la integración?. ¿No fortalecería la persistencia del statu quo?. Como bien dice Rapoport, esta subdivisión de la ciudad en áreas estancas es propia de las ciudades orientales, lo que permite la persistencia de las jerarquías entre las clases sociales dadas. ¿Es esto lo deseable, la vuelta a una sociedad estable y estática, en oposición al proceso de cambio implícito en la concepción occidental del hombre como hacedor de su historia en el tiempo?.

Rapoport sostiene que la homogeneidad, social o cultural favorece el autogobierno y la autogestión, ya que se podría lograr consenso en forma más rápida. La preservación de las subculturas aumentaría la seguridad y la confianza mutuas, permitiendo la supervivencia por largos años y con menos prejuicios para los demás. La prueba estaría en que, una ciudad diferenciada en agrupaciones homogéneas puede recibir a otros pueblos sin inmutarse. Lo que se podría refutar diciendo que, en una ciudad disgregada, la presencia de otro ghetto mal puede romper una integración inexistente.

De todos modos, según Rapoport, al igual que lo que sucede con los animales, se aceptaría mejor a los extraños si los territorios fueran familiares y seguros. De lo que se sigue que, favoreciendo la existencia de grupos homogéneos en espacios físicos convenientemente redundantes y con sus improntas históricas respetadas, los niveles de defensa a escala urbana serían suficientes y así se evitaría la conformación de otras barreras a nivel cultural o social. Según nos dice, la socialización existe cuando la interacción es voluntaria; es decir, cuando el espacio es privado y la persona puede elegir cómo y cuándo hacer más estrecha la interacción. De allí que la gregariedad de "diseños con barreras claras, adaptadas a un medio ambiente familiar, legible, con gente homogénea, con niveles de estimulación ni altos ni bajos y con la posibilidad de variarlos si se quiere". (RAPOPORT). Temo que esta gregariedad, en el marco de un centro metropolitano, podría no llegar a concretarse nunca. Como él mismo señala, si la planificación no destruyera toda iniciativa de conservación de las tradiciones, éstas se mantendrían por mucho tiempo y de modo autosuficiente.

En un trabajo anterior -'La memoria urbana y la construcción

de la ciudad'- se habla de la necesidad de reclusión que nos rescate de la anomia agresiva del espacio exterior caótico y significativo. Pero sólo se la considera etapa de fortalecimiento indispensable para la reconquista del habitar en el espacio más vasto de la ciudad. Un habitar que posibilita no sólo la curiosidad por lo distinto, sino que alienta una preocupación más humana y comprensiva, centrada en la cualidad de 'ser de otra forma' de los otros.

Considero que tal como está planteada la teoría de las áreas homogéneas, es algo más que una breve etapa previa de estabilidad. Lo que propone es la estabilidad de grupos disgregados y autónomos para el futuro, asegurando mínimas situaciones de interacción entre ellos; pero sin el propósito de construir nuevos modos de convivencia que los incluya. Temo que mediante el diseño se limita a promover el mantenimiento de nuevas formas tribales (con sus regresivas implicancias sociales) que -en lugar de tener un ancho territorio para el desenvolvimiento de sus luchas y presiones- coexistirían en la ciudad formando cuarteles, a través de cuya supuesta estabilidad, sería posible la supervivencia urbana.

BIBLIOGRAFIA

Clarke, S.D.: LA SOCIEDAD SUBURBANA - Inst. de Estudios de Administración Local 1975.

Chombard de Lowe, P.H.: HOMBRES Y CIUDADES - Labor 1976.

Dal Co, Francesco: "El Habitar y los lugares de lo moderno" de
ABITARE NEL MODERNO - Bari 1982 - Reproducido
en Materiales Nº2 de "La Escuelita".

Llorens, Tomás de: Prólogo a VIDA URBANA E IDENTIDAD PERSONAL de
Richard Sennett - Península 1975.

Rapoport, Amos: ASPECTOS HUMANOS DE LA FORMA URBANA - G.Gilli 1981.

Sacco, Giuseppe: "La nueva edad media" en CIUDAD Y SOCIEDAD HACIA
LA NUEVA EDAD MEDIA - Alianza Ed. 1974.

Sennett, Richard: VIDA URBANA E IDENTIDAD PERSONAL - Península 1975.